

II. SOBRE GEOGRAFÍA Y SOBRE GÉNERO: ENTREVISTA A MARIA DOLORS GARCIA-RAMON

Abel Albet

Maria Prats Ferret

—*Cuéntanos cómo se forjó tu interés por la geografía...*

—Indiscutiblemente yo era «de letras». Al acceder a la Universitat de Barcelona (UB) había pensado estudiar Clásicas, pero tras superar los dos primeros cursos de asignaturas comunes y tener que optar por una especialidad, me decidí por Literatura gracias a José Manuel Blecu (padre). Además de ser un muy buen profesor, de él me atrajo algo que, posteriormente, resultaría crucial en mi trayectoria: en un momento histórico en que París era el mayor referente académico para gran parte de los estudiosos en ciencias sociales (especialmente los progresistas), los contactos de Blecu estaban en los Estados Unidos. Con todo, me aburrí muchísimo en Románicas y decidí pasarme a Historia, a pesar de que ello implicaba repetir un año y asumir la posibilidad de perder mi beca (algo que finalmente no sucedió). En Historia también me aburrí bastante, pero encontré un mejor encaje dado su mayor componente social y, sobre todo, ante el hecho de que el ambiente general era mucho más interesante (mis colegas estudiantes, parte del profesorado, la atmósfera más progresista). De hecho, fue el inicio de mi politización: aunque en mi casa eran bastante «de derechas», me involucré muy activamente en el Sindicat Democràtic d'Estudiants y fui uno de los dos delegados de quinto curso, durante el

que tuvo lugar la *Caputxinada*.¹ Nunca pertenecí a ningún partido político ni la policía llegó a detenerme (si bien me identificaron durante el encierro de Sarriá) y a pesar de tener que correr delante de los grises muy a menudo. Recuerdo aquella época en la universidad por su gran efervescencia, con debates interesantes y a veces exaltados.

La Antropología me seducía, pero en cuarto curso tuve a Enric Lluch como profesor de Geografía: Enric me abrió el mundo. Era un profesor excelente: impartía Geografía de España desde un enfoque muy social. Antes de dar su clase, a las 9 de la mañana, ya había llenado la pizarra con información y referencias. En quinto curso tuve como profesor a Joan Vilà Valentí; como por entonces ya tenía muy claro que tras la licenciatura quería continuar estudiando y que quería irme a los Estados Unidos, le pedí consejo. Él me dijo: «En Berkeley está un tal Carl Sauer». Por entonces yo no tenía ni idea de quién era Sauer, pero junto con mi compañero de entonces, pedimos (y se nos otorgó) una beca Fulbright cada uno. No obstante, y debido a mi activa participación en la *Caputxinada*, la embajada de los Estados Unidos, que se había infiltrado en la reunión de Sarriá para detectar «elementos comunistas», vetó que se hiciese efectiva la concesión de mi beca... del mismo modo que a los chicos les represaliaron obligándoles a realizar un servicio militar largo, sin milicias. Marché igualmente a los Estados Unidos, pero sin beca, y para sobrevivir tuve que realizar pequeños trabajos en el Departamento de Hispánicas de la Universidad de California en Berkeley. Contacté con

1. *Caputxinada* fue el nombre que recibió el encierro de estudiantes y profesores en el convento de capuchinos de Sarriá, en Barcelona, entre el 9 y el 11 de marzo de 1966, convocado por el Sindicat Democràtic d'Estudiants de la Universitat de Barcelona. La reunión comenzó con la asistencia de 33 intelectuales de prestigio, más de 500 estudiantes, dos sacerdotes, tres observadores extranjeros, y siete periodistas, entre ellos un corresponsal extranjero. El despliegue de las fuerzas de orden público no logró impedir la celebración del acto ni consiguió que se obedeciera la orden de desalojo. En ella también participó activamente Enric Lluch.

Sauer (una persona con un carácter muy difícil, pero con ideas brillantes) y, especialmente, con Jim Parsons (que dirigió mi tesina) y otros discípulos suyos que pronto me ayudaron a obtener una nueva beca. Jan Broeck, de origen holandés, era un excelente profesor de geografía cultural que me impactó decisivamente.

Si mi primer año en Berkeley fue académicamente algo disperso, el segundo fue de una enorme intensidad, al tener que culminar todos los créditos del máster en cuatro trimestres. Mi estancia en Berkeley fue decisiva en muchos sentidos y, dado que no tenía problemas con el idioma, me adapté muy fácilmente al sistema universitario estadounidense. Además, el Berkeley de finales de los sesenta estaba en plena ebullición política: me impliqué en las actividades de *Stop the War* contra la guerra del Vietnam y participé en otras muchas reivindicaciones políticas del momento; soñaba que me perseguían los *grises* y me despertaba aliviada pensando que esto no me sucedería en California. A pesar de que el profesorado saueriano estaba muy desligado de la política, los estudiantes sí que estábamos muy concienciados. Tuve algún contacto con los movimientos feministas norteamericanos, pero debo reconocer que mi inquietud feminista venía de mi afán interior de independencia.

—¿*Tu experiencia israelí es de esta época?*

—Es un poco anterior. Gracias a diversos contactos, pasé tres meses del verano de 1965 en el kibutz de Dvir, muy cerca de Beerseba, en las puertas del Néguev; se trataba de un kibutz muy «de izquierdas», vinculado al partido Mapam.² La mayoría éramos estudiantes (mi objetivo era, también, mejorar mi

2. Partido Unido de los Trabajadores, de ideología marxista filosoviética. En 1949 era la segunda fuerza parlamentaria; tras múltiples avatares, en 1992 se integró en el partido Meretz.

inglés, tal como hacía cada verano durante mi carrera) y nos hacían trabajar en largas jornadas, pero la compensación era que nos ofrecían la posibilidad de viajar por todo Israel. No fue una experiencia de tipo académico sino más bien de tipo personal, pero la viví maravillada y con una gran ilusión.

La organización interna del kibutz fue algo impactante para mí: los niños y niñas dormían en lugares separados de sus padres, pero ambos convivían a diario las tardes enteras (¿cuantos padres están hoy con sus hijos un mínimo de tres horas al día?). En aquel entonces me pareció genial y me marcó enormemente este sentido de la conciliación: pensé que era un sistema fantástico porque, desde mi óptica feminista y reivindicativa, era la manera de poder tener una familia, pero, a la vez, poder mantener tu propio trabajo.



En el kibutz de Dvir (Israel, 1965) junto con otra cooperante catalana y un campesino beduino. (Foto procedente del archivo personal de Maria Dolors Garcia-Ramon).

—¿Por qué decidiste dedicar la tesina de tu máster en Berkeley al estudio de las pesquerías cubanas?

—A través de mi tesina quería demostrar que una sociedad como la cubana se estaba desarrollando gracias a su actitud ante los recursos (y no por el hecho de tenerlos o no); la pesca (quizá a diferencia de otros aspectos) era un buen ejemplo de éxito. Obtuve una beca del Latin American Studies, pero los trámites burocráticos fueron muy lentos: solicité el permiso para ir a Cuba en agosto de 1968 y, como en noviembre todavía no tenía respuesta, empecé a investigar en la biblioteca Bancroft de Berkeley, entonces una de las mejores sobre América Latina. Cuando llegaron los permisos en enero de 1969 no fue posible llegar a Cuba siguiendo el trayecto que teníamos previsto (en barco desde Canadá) porque el puerto de Halifax estaba helado.

Una vez en Cuba, a pesar de que había que solicitar permisos para visitar cualquier puerto y que la burocracia del Instituto Nacional de Pesca era lentísima, el hecho de disponer de pasaporte español facilitó algo las cosas. Hasta fines de mayo de 1969 estuve realizando trabajo de campo en los puertos del golfo de Batabanó, estableciendo excelentes contactos con los pescadores, que incluso me permitieron navegar con ellos en alta mar. Yo buscaba obtener datos sobre la cantidad de pesca, pero a la vez realizaba observaciones de tipo antropológico. No me atrevía a grabar las entrevistas con los pescadores, pero sí que, a diario y durante el trayecto Batabanó-La Habana (unos 70 km), registraba mis recuerdos y observaciones que se convertían en mis apuntes. El trabajo de campo era muy importante: tomaba muchas notas y hacía muchas fotos, que después incorporé a mi tesina junto con abundantes mapas.

Este trabajo de campo no dejaba de ser una circunstancia algo especial ya que los barcos de pesca eran uno de los métodos por los que muchos cubanos trataban de huir de la

isla. Mi ilusión por la Revolución cubana quedó algo afectada por aquella experiencia. Con todo, fue un período muy interesante: las largas esperas para obtener permisos me permitieron cultivar grandes amistades, algunas de las cuales eran hijos de exiliados catalanes que se habían desplazado a Cuba, y residían en El Vedado, en La Habana. También entré en contacto con geógrafos rusos instalados en Cuba que, por cierto, hablaban un perfecto castellano: la mayoría estaban interesados en la geografía física y, al mismo tiempo, ya en 1969, en los métodos cuantitativos. Algunos geógrafos cubanos mayores, así como diversos historiadores también se interesaron por mi trabajo.

Terminé de escribir la tesina de vuelta a Barcelona en junio de 1969, tras un complicado viaje de retorno que implicó una estancia en la Argelia posrevolucionaria. Presenté la tesina en Barcelona (dirigida por Vilà Valentí) y en Berkeley.

—Has dicho que, en tu etapa de estudiante, ya te había interesado la Antropología. De hecho, el trabajo de campo que hiciste en Cuba era muy cualitativo...

—Sí, pero eso era, precisamente, lo que se daba en Berkeley y en la escuela culturalista saueriana. Berkeley me enseñó a hacer trabajo de campo y desde entonces ha sido una metodología básica en mi concepción de la investigación en geografía, tanto en sus inicios como en mis trabajos actuales más cualitativos, pasando por las entrevistas mencionadas en mi tesis doctoral. Para los sauerianos el trabajo de campo es la esencia de la geografía: recuerdo, por ejemplo, que en el primer curso había una asignatura (impartida cada sábado) dedicada exclusivamente al trabajo de campo que me dio muchísimas ideas para desarrollar la tesina. Quizá me hubiese quedado allí para elaborar mi tesis doctoral.

—Pero finalmente la presentaste en la Universidad de Barcelona. ¿Cómo decidiste el nuevo tema de estudio?

—Recuerdo que Enric Lluch me recomendó que añadiese un par de casos de estudio más a mi tesina y que, prácticamente, ya tendría la tesis hecha porque, en verdad, ya contenía bastante substancia desde el punto de vista teórico y bibliográfico. Al final cambié de tema porque, entre otras razones, tampoco podía volver a Cuba.

Mi familia era de Mont-roig (Tarragona) en un contexto rural todavía no desbancado por el turismo de masas; eran los momentos fundacionales y de intensa actividad del sindicato Unió de Pagesos, y yo tenía contactos allí a través de mis primos, que después me ayudaron muchísimo en el trabajo de campo. El sector primario me atraía: en Berkeley hice un trabajo de curso sobre el cultivo de tabaco en Cuba, más tarde publiqué un artículo sobre consumo de coca y realicé un estudio de geografía e historia sobre los asentamientos iniciales de los grandes propietarios en Cuba: Jim Parsons, obsesionado por las técnicas de observación, siempre me recomendaba fijarme en ellos desde el avión y a ser posible fotografiarlos. No obstante, sería de la biblioteca Bancroft de donde extraería la mayor cantidad de mapas y de información.

Me di cuenta de que el mundo rural estaba evolucionando muy rápidamente: entre el campo que yo conocía de mis vacaciones de niña en 1955-1956 a la situación de 1971... los cambios habían sido enormes y de gran impacto, lo que me atrajo decisivamente. Además, entonces las tesis tenían que ser, incuestionablemente, de tipo regional, lo que me condujo a dedicarme a la comarca del Baix Camp. En principio me propuse estudiar la vertiente histórica de la agricultura a través de los amillaramientos (un poco en la línea de Josep Iglésies, que también era del Baix Camp) pero pronto supe que Josefina Cardó, de Valls, estaba estudiando el mismo tema y ámbito, por lo que decidí abandonar la vertiente histórica y cambiar de enfoque, pero no de territorio. Por la influencia de Enric Lluch, siempre muy abierto a las innovaciones, adopté un enfoque cuantitativo:

escribí a Brian Berry que me asesoró para realizar un muestreo espacial con 475 encuestas sobre el terreno y continuos desplazamientos a la Delegación de Hacienda de Tarragona, que era la única fuente que disponía de cartografía mínimamente detallada que permitía identificar partidas y propiedades y, después, confirmarlo en los registros de propiedad de cada ayuntamiento: mucho trabajo pero hecho muy a gusto. Leí muchísimo sobre geografía teórica: si bien al principio me había costado un poco (una vez en Berkeley, entré en un aula donde la pizarra estaba llena de ecuaciones y derivadas ¡y pensé que me había equivocado de clase!) pero después me atrajo su científicidad: frente a la geografía regional puramente descriptiva, al ver este enfoque pensaba: «¡esto es ciencia!». Queríamos cambiar la geografía porque... ¡estaba totalmente pasada de moda!

—*Así pues, ¿el interés por la geografía cuantitativa te llegó a través de Enric Lluch?*

—Supe de esta geografía en Berkeley en 1968, donde yo había completado un curso difícil e intensivo de métodos cuantitativos con Bryn Greer-Wooten. Allan Pred impartía aspectos más teóricos. Me afirmé en esta opción al ver que Enric Lluch se sentía muy interesado por el enfoque y lo apreciaba sobremanera. Fue Lluch quien me dijo: «No estás equivocada, vale la pena». Él valoraba enormemente el mundo anglosajón y siempre estaba muy al tanto de las últimas novedades; recuerdo que a la vuelta de mis estancias me hacía mostrarle los libros y apuntes que yo había utilizado. Él era de los pocos que quería estar al día y yo encantada de que alguien mostrase interés.

Con todo, el día que defendí la tesis, el tribunal me acusó de que «aquello no era geografía»: a pesar de que yo ya iba prevenida (había solicitado incluir en el tribunal a Josep Maria Vegara, reconocido matemático y muy *progre*), a los geógrafos e historiadores no les gustó mi trabajo y me lo criticaron duramente.

—*En aquel momento ya estabas trabajando en la universidad...*

—Sí, en 1969 recibí dos ofertas de trabajo: en la Universidad de Barcelona (a través de Vilà Valentí, donde le substituí en alguna de sus clases) y en la recién creada Universitat Autònoma de Barcelona —UAB— (a través de Lluch); yo acepté ambas ofertas porque entonces se podían compaginar y porque suponían muy pocos ingresos.

En lo que respecta a la UAB, en seguida me sedujo la idea de la nueva universidad: a pesar de que Lluch me dejó claro que en Bellaterra no se impartiría la licenciatura de Geografía, esta circunstancia no me importó mucho. Lluch me hizo participar plenamente en sus clases, lo que me dio muchísimo trabajo de preparación, especialmente las prácticas; Lluch me dijo: «todo lo que has aprendido en América es lo que tienes que explicar a los estudiantes». Y, ciertamente, cosas como el mapa de usos del suelo que yo había utilizado en Berkeley lo estuve trabajando durante años con mis estudiantes. Y con el resto de los profesores, ya que organizamos seminarios para aprender técnicas cuantitativas y estadísticas. En el segundo año de estar en la UAB abandoné las clases en la UB, porque era responsable de la asignatura entera de Geografía general y la docencia me imponía un poco.

Además, con la ayuda de Frederic Udina, decano de la Facultad de Letras de la UAB, pude obtener una beca para realizar el doctorado, en lo que era, de hecho, la primera convocatoria de becas de Formación del Personal Investigador (FPI) que el Ministerio ofrecía para este fin. Lluch, al no ser doctor, no podía constar como director de mi tesis, de manera que se lo solicité a Vilà Valentí, pero yo muy a menudo pedía consejo a Lluch y a otras personas como Brian Berry o Janet Momsen. Esta fue, también, una forma de mantener los puentes entre la UAB y la UB.

—Tras presentar la tesis marchaste de nuevo a los Estados Unidos. ¿Cómo te decidiste por la Clark University?

—Fue un poco gracias al azar: me habían concedido una beca postdoctoral dentro del Programa de Intercambio Estados Unidos-España y estaba buscando una universidad próxima a Boston, donde estaba mi esposo de aquel entonces. Me decidí por Clark... ¡sin siquiera saber que era donde se publicaba *Antipode*! Tuve muchísima suerte de ir a Clark porque allí conocí a gente que sería determinante tanto para mi trayectoria personal como en el devenir de la geografía mundial. Estuve en Clark durante todo el año 1975 y fue para mí una etapa extremadamente estimulante.

Trabé buena amistad con Myrna Breitbart, Cindi Katz, Kirsten Johnson, Anne Buttimer, Richard Peet, David Harvey... éramos un grupo potente de estudiantes de postgrado y algún joven profesor con contrato estable (como era el caso de Peet). Harvey ya estaba en la Johns Hopkins University, pero venía muy a menudo a Clark, que era el núcleo duro de la naciente geografía radical, en parte por ser el lugar de edición de *Antipode*. Yo acababa de presentar mi tesis cuantitativa pero ya antes de terminarla había tenido serias dudas acerca de la utilidad de estos métodos.

En Clark, a pesar de ser *postdoc*, quise aprender y asistir a clases: fui a los seminarios sobre pensamiento geográfico que impartía Buttimer (y en los que yo también dicté algunas sesiones sobre la geografía española), y un grupo de sus estudiantes nos reuníamos en su casa, algo habitual en los norteamericanos. Aunque todavía era monja, Buttimer estaba en su etapa radical, publicando en *Antipode* y participando activamente en aquel contexto. De ella me sorprendió e influyó la mirada alternativa que daba acerca de la geografía vidaliana francesa.

También asistía a los debates (éramos unas 10 o 12 personas) que Peet organizaba sobre *Capital and Geography*. Mi formación era de izquierdas, pero no marxista, de mane-

ra que yo nunca había leído *El Capital*: durante la carrera en Barcelona había leído textos de Marta Harnecker, por ejemplo, pero en Clark, en vez de analizar versiones y resúmenes, se iba directamente a las fuentes, a *El Capital*. Y se discutía mucho y para mí todo esto fue muy formativo.

Saúl Cohen era el director del departamento: me surgió la oportunidad de realizar un proyecto de investigación en Israel con él, pero Harvey me desaconsejó participar. A Breitbart sí que le hubiese gustado participar porque en su tesis, que le dirigían Buttimer y Peet, estaba analizando los colectivos anarquistas españoles durante nuestra Guerra Civil y hubiese sido una oportunidad para compararlos con los kibutz. Mis pinitos en geografía anarquista (con algún artículo) fueron a través de Breitbart: ella conocía bien el tema (Peet entonces estaba en la línea anarquista), pero no sabía mucho castellano, de manera que la ayudé mucho en la realización de su tesis. Hicimos entrevistas en Nueva York y en Barcelona y también fuimos a Toulouse a entrevistar a Frederica Montseny. En la entrevista con Montseny también estuvo presente Lourdes Benería: recuerdo que mientras Breitbart y yo le preguntábamos sobre colectivos anarquistas, Benería insistía mucho en aspectos feministas. Con Peet y Breitbart preparamos el monográfico de *Antipode* sobre geografía anarquista que, con un artículo mío, saldría en 1977; después, yo me encargaría de publicar el monográfico íntegramente traducido al castellano y publicado por la editorial Oikos-Tau.

También trabajé codo a codo con Kirsten Johnson (cuya tesis, muy antropológica, trataba sobre los indios otomís de México) y con Cindi Katz (que estaba ultimando los preparativos de su trabajo de campo en las zonas rurales del Sudán meridional): las tres veíamos que, esencialmente, el resto del grupo y de los debates se centraban en temáticas urbanas y a nosotras nos interesaba plantear un enfoque radical marxista en el mundo rural. Nuestros debates fueron muy intensos y

formativos para las tres y, a partir de ello, intenté hacer una relectura de mi tesis y de los datos que contenía, desde una perspectiva radical: recuerdo que en 1978 presenté un análisis al chi-cuadrado (de hecho, un intento de análisis cualitativo a partir de datos estadísticos) y fue como una especie de puente hacia la introducción de métodos abiertamente cualitativos. Este análisis está contenido en mi libro *Métodos y conceptos en geografía rural*, y en el prólogo ya explico mi proceso de cambio del que Clark tuvo una influencia decisiva.

—Clark fue, pues, una ocasión para establecer muchos contactos...

—Sí, la estancia en Clark fue también para mí una oportunidad para familiarizarme con los congresos académicos. El primero al que asistí fue el de la Association of American Geographers en Milwaukee: recuerdo que fuimos en un par de furgonetas desde Clark; yo iba en la de Peet. Nos alojamos en la enorme casa que Jim Blaut tenía en Chicago, donde se celebraba el pre-mitin de lo que entonces se denominaba grupo de «geógrafos socialistas». Dejadme contar la anécdota divertida de cómo allí conocí a David Harvey: dormíamos en el suelo, en sacos de dormir, y al despertarnos, el chico que yo tenía al lado levanta su cabeza y me saluda: «Good morning, this is David Harvey» y yo contesté «Good morning, my name is Maria Dolors Garcia». ¡Y desde entonces!

En aquel congreso, como en los siguientes, hacíamos lo que denominábamos «guerra de guerrillas»: tomábamos el programa de sesiones del congreso y seleccionábamos, «este, que es muy de derechas; este, que tiene tal posicionamiento en relación con tal aspecto...» y nos repartíamos la asistencia, en función de nuestras especialidades (rural, urbana, etc.), para comprometerles con preguntas insidiosas. William Bunge no asistía a los congresos porque entonces ya vivía en Canadá y no le dejaban entrar en los Estados Unidos, pero en un viaje

que hice a Toronto con Kirsten Johnson él nos mostró, a bordo de su taxi, las periferias de la ciudad.

—*Teorías innovadoras, miradas disidentes... algo que se convertirá en una constante de tu trayectoria... y que no las asumes «por moda» sino por convicción...*

—Sí, la innovación: siempre me he sentido atraída por esta palabra. Los mayores cuestionamientos se me han hecho por hacer cosas nuevas... ya fuese una estancia y un máster en los Estados Unidos, dedicarme a la geografía anarquista o a la radical, acabar una tesis (Enric Lluch no asistió al acto de defensa de mi tesis: por aquel entonces era contrario a las tesis doctorales) o implicarme en los estudios de género. En el fondo, en lo que respecta a contenidos de la geografía, es lo que yo he intentado hacer de manera sistemática en el marco de la geografía española, habitualmente desde una perspectiva ideológicamente radical, aunque no siempre. Por ejemplo, en el caso de la geografía cuantitativa se me cuestionó mi tesis («¿esto es geografía?») o también en relación con la geografía humanística (me involucré a fondo en la tesis de mi primer doctorando, Joan Nogué, porque me entusiasmó el enfoque y juntos fuimos «descubriendo» esta forma de entender la geografía, pero también porque tuve que hacer frente a grandes críticas por el hecho de asumir una tesis con aquellos contenidos) pero siempre me he sentido bien cuestionando las maneras de hacer, es decir, en la disidencia. Cuando lo innovador se convierte en una amenaza para lo establecido, uno deviene disidente. En cualquier caso, a partir de un momento dado, para mí, innovación y disidencia han ido estrechamente relacionadas con el género... ya que supone cuestionar muchos de los principios de la geografía y de la vida.

Quizá había algo de innato en mí en relación con la innovación y la disidencia, pero, sobre todo, creo que todo empezó en Berkeley: yo entonces era muy joven (23-24 años) y aquella experiencia me marcó decisivamente interiorizando determinados aspectos que pronto resultarían inéditos y transgresores en el

contexto de la academia española. Fue en Berkeley donde acepté que uno no puede estar en la universidad sin tener completada la tesis doctoral (Enric Lluch pensaba totalmente diferente, en términos de la universidad británica «de antes») y que no hace falta esperar a los 40 o 50 años, como hacían los franceses con el *Doctorat d'État*, para elaborarla. También allí asumí la necesidad imperiosa de publicar, y no en obras de carácter local sino en canales de difusión lo más amplios posibles: ¡no pasa nada si nuestros textos se ven sometidos a crítica! Es gracias a mi concepción de la geografía norteamericana que aposté por modelar un departamento (en la UAB) especializado en geografía social-humana (también Enric Lluch lo había diseñado así en sus inicios), lo que le dio una considerable identidad y personalidad. En los Estados Unidos trabé múltiples contactos internacionales y me percaté de la importancia de las redes de contactos.

— *Máster en Estados Unidos, geografía radical, contactos, disidencias... esto no era muy habitual en la geografía española de aquella época: ¿cómo encajaba tu posicionamiento en aquel contexto?*

—A mediados de los años sesenta, salir de España para ir a estudiar a los Estados Unidos, como yo hice, era algo muy poco habitual y menos en el contexto de la geografía académica: era considerado como algo innecesario y extraño. Un ejemplo: en el tribunal que evaluó mi tesina, en 1969, se me criticó enormemente que citase tantas obras en inglés y que mi biblioteca de referencia fuese la Bancroft de Berkeley (cuando, seguramente, sobre mi tema de estudio contenía muchísima más información que muchas de las bibliotecas de Barcelona o Madrid). En todo caso, y como en otras ocasiones, Vilà Valentí defendió mi opción.

En 1975, cuando se produjo la fundación de la Asociación de Geógrafos Españoles, yo estaba en Clark, de manera que mis primeros contactos con la geografía española se dan a par-

tir del Congreso de Geografía celebrado en Granada en 1977. Curiosamente fue debido a la geografía anarquista: yo estaba preparando un artículo que después aparecería en *Antipode*, así como el monográfico *La geografía radical anglosajona* y Nicolás Ortega Cantero estaba editando su libro *Geografías, ideologías, estrategias espaciales*: sin saberlo, ambos presentamos comunicaciones similares, coincidiendo en la preocupación por la geografía radical: desde entonces, trabajamos una buena amistad, también junto con Josefina Gómez Mendoza. Ellos dos me ayudaron muchísimo durante mis oposiciones, al empezar a prepararlas en 1978 y, también y de manera decisiva, al presentarme a ellas en 1979. El apoyo no solo fue logístico sino también formal ya que en la UAB (y, en concreto, en Geografía de la UAB, con Enric Lluch al frente) había un cierto rechazo a la vía funcionarial, algo que a mí me costaba de entender dado que mis padres habían sido funcionarios. Después, con los años, mi decisión de pasar aquellas oposiciones y obtener la cátedra pronto pareció acertada dado que permitió abrir muchas puertas.

A la dificultad intrínseca de superar unas oposiciones como las de entonces (poco tiempo para la preparación de los temas, pruebas largas y memorísticas, etc.) se añadía el carácter tradicional de la geografía española del momento, fundamentada en la geografía regionalista vidaliana más clásica (y no evolucionada, como la que por entonces se daba ya en Francia y que yo ya conocía bien por el hecho de mantener bastante relación con los grupos más innovadores de la geografía francesa como Géopoint o el GIP R.E.C.L.U.S. de Montpellier). En la presentación oral de las oposiciones tuve que «esconder» mi máster en los Estados Unidos y pasar por alto que mis principales influencias se encontraban en la bibliografía anglosajona (y, en especial, el libro *Geography and Geographers*, de Ron Johnston). En aquellos momentos, ir en contra de la geografía tradicional vidaliana suponía un verdadero estigma «revolucionario».

También me viene de los Estados Unidos una concepción «democrática» y nada jerárquica de las cátedras: a menudo, en España, otros catedráticos se sorprendían de que no actuase de manera más impositiva en las cuestiones del departamento, por ejemplo. En todo caso, alcanzar el puesto de catedrática a una edad relativamente joven me granjeó un cierto respeto y facilitó que muchas de aquellas críticas a lo nuevo, transgresor y disidente, fuesen menos contundentes hacia mí y hacia mi entorno.



En octubre de 2015, en su despacho del Departamento de Geografía de la Universitat Autònoma de Barcelona. (Foto de Abel Albet).

—*¿Cuáles fueron tus primeras fuentes en relación con el feminismo?*

—Lourdes Benería me influyó muchísimo en mis primeros pasos en el feminismo: para mí fue, y es, un modelo a imitar.

Coincidimos en el entorno universitario, a pesar de que ella era algo mayor que yo y pertenecía a la primera promoción de Ciencias Económicas de la UB. Después vino la «conexión americana»: ella se fue a trabajar a los Estados Unidos (primero en la Rutgers University y después como catedrática en la Cornell University) lo que hizo aumentar las cosas que teníamos en común: además de la mirada distinta que nos ofrecía estar en una universidad americana, estaba la cuestión feminista. Recuerdo, durante la Navidad de 1975, pasé unos días en su casa en Nueva York y ella me estuvo explicando su tesis doctoral, sobre mujeres y enseñanza en España. Fue ella quien me puso en contacto con grupos feministas y fue ella quien me abrió muchos caminos y me hizo entender que feminismo e investigación universitaria podían ir de la mano; por aquel entonces yo pensé: «si el feminismo funciona en Economía y en Planificación Regional... ¿quizá también pueda funcionar en Geografía!». En julio de 1975 viajé a Toulouse con Lourdes Benería y con Myrna Breitbart para entrevistar a Frederica Montseny, todavía en el exilio; la mayor parte de preguntas que Lourdes planteó a la líder de CNT y de FAI y primera persona en ejercer el cargo de ministra en España, eran de contenido feminista: ¡aquella entrevista me abrió los ojos! Además, en su momento me caló muy hondo su libro *The crossroads of class and gender*, acerca del trabajo a domicilio de las mujeres mexicanas porque me hizo ver claramente que la cuestión de género iba siempre relacionada con la clase social. Su artículo «Reproduction, production and the sexual division of labour» en el *Cambridge Journal of Economics*, también fue para mí toda una revelación dado que me evidenció la existencia de una división sexual del trabajo. Estos textos me marcaron muchísimo en mi proceso de comprensión general de la realidad de género, pero también fueron de gran inspiración en el momento de aplicar estas ideas en mis investigaciones sobre agricultura y, en especial, en un artículo del que me siento especialmente

satisfecha publicado en 1990 en *Agricultura y Sociedad*.³ Desde la óptica feminista, con Lourdes siempre hemos coincidido enormemente (quizá porque sus investigaciones tienen siempre un alto componente geográfico) y a nivel personal somos excelentes amigas; Lourdes es una persona muy inteligente que, además, tiene el gran mérito de saber explicar las cosas más complicadas de manera muy asequible, sin perder la riqueza de los contenidos, ¡como David Harvey!

Cuando volví de Clark tenía muy recientes las lecturas de los textos feministas en *Antipode* y mi estrecha relación con Cindi Katz y Kirsten Johnson: ellas dos también tienen mucho que ver con mis primeros escarceos en el feminismo. Ya en Barcelona, me sentía muy abierta a los movimientos feministas sin llegar a pertenecer a ninguno en concreto; con todo, recuerdo la efervescencia de las I Jornades Catalanes de la Dona (celebradas en la UB en mayo de 1976), los contactos con Mary Nash...

— *Y la geografía del género propiamente dicha, ¿cuándo se inicia?*

— Es en una reunión de la Unión Geográfica Internacional (UGI) en 1984 en París cuando, de hecho, Jan Monk presentó por primera vez, aunque todavía fuera de programa y de forma algo subrepticia, la geografía del género. Desde mucho antes habíamos estado elaborando una primera lista de contactos de personas interesadas y, aunque a él le parecía algo extraño, convencí a Joan Vilà Valentí (que por aquel entonces era vicepresidente de la UGI) de comprometerse a incluir una sesión sobre género durante el congreso de Barcelona de 1986 y que, esta vez sí, constase oficialmente en el programa. Gemma Cànoves y yo misma (que después sería secretaria del

3. Se refiere a «La división sexual del trabajo y el enfoque de género en el estudio de la agricultura de los países desarrollados», *Agricultura y Sociedad*, 55; pp. 251-277 (1990).

Grupo de Geografía del Género de la UGI) nos encargamos de la organización local: Janet Momsen (que después sería la presidenta del grupo y tenía muchos contactos en el mundo anglosajón) y Jan Monk (posteriormente vicepresidenta) contribuyeron decisivamente a que asistiese una gran cantidad de personas. Para mí esta convocatoria fue crucial. En el congreso de la UGI celebrado en Sídney en 1988 se creó la Comisión de Geografía y Género, que se consolidó definitivamente en los congresos de Beijing en 1990, de Washington en 1992...

Por un lado, yo me sentía muy feminista, y veía que en la geografía del género o feminista confluían mis dos intereses: la geografía y el feminismo, y me dije: «¡Esto es fantástico!». No se trataba, solo, que yo pretendiese hacer geografía feminista o de género, sino que lo que yo quería era intentar introducir la vertiente de género en todo lo que yo había estado trabajando hasta entonces. En 1987 ya solicité al Ministerio (y me concedieron) el primer proyecto de investigación sobre género y agricultura. Y en el Congreso Mundial Vasco de aquel mismo año presenté un trabajo en el que vinculaba directamente a la geografía del género con el compromiso social: si para mí el compromiso social debía necesariamente impregnar a la geografía, en aquel texto ya proclamaba que dicho compromiso pasaba por introducir la perspectiva de género. Y, con alguna singular excepción (como fue Paul Claval)... ¡me criticaron muchísimo por decir esto! La primera actividad en relación con el género que organizamos en la UAB fue un curso de doctorado sobre agricultura y género, al que invitamos como docentes a Janet Momsen, Jan Monk y Martine Berlan.

Mi estancia en la Universidad de Arizona, de septiembre de 1988 a febrero de 1989, fue muy muy importante. Janice Monk, que estaba en el Southwest Institute for Research on Women (SIROW) y en el Departamento de Geografía de aquella universidad, me facilitó muchos contactos con gente interesantísima como Sallie Marston y Andrew Kirby. Pero, sobre

todo, tuve la oportunidad de tener mucho tiempo para leer y asimilar nuevas ideas y perspectivas y, a mi vuelta a Barcelona, pude redactar algunos artículos esenciales ya desde la óptica de género. En mi comprensión de la geografía del género hay un antes y un después de la estancia en Arizona y el contacto clave que supuso (y todavía perdura hoy) Jan Monk.

—¿Y en el contexto universitario español?

—Uno de los primeros contactos fue con Aurora García Ballesteros, de Madrid, que, de hecho, fue la primera persona en publicar algo sobre género, a través de la socióloga María Ángeles Durán. Pronto también tuve relación con Ana Sabaté: María Ángeles Durán, Ana Sabaté y Aurora García Ballesteros fueron las pioneras de los estudios de género en España y fueron las que organizaron, en 1989, la primera sesión sobre género en un congreso de la Asociación de Geógrafos Españoles (AGE).



Trabajo de campo en Valencia (1994). (Foto procedente del archivo personal de Maria Dolors Garcia-Ramon).

A partir de 1987, la obtención de los primeros proyectos de investigación permitió pagar viajes y trabajo de campo en diversos lugares de España: empezaron entonces las colaboraciones con Josefina Cruz (Sevilla), Montserrat Villarino (Santiago), Isabel Salamaña (Gerona) y posteriormente con Concepción Domingo (Valencia). Eran proyectos innovadores por el hecho de tener el género como eje de investigación, pero también lo eran por tener tantas universidades participando.

Disponer de estos proyectos también fue esencial de cara a la visualización y «normalización» de los estudios de género: nuestro departamento era muy consciente de nuestros múltiples viajes y amplio trabajo de campo, nuestras constantes participaciones en congresos internacionales, nuestras numerosas publicaciones gran parte de las cuales en revistas de gran prestigio... La geografía española empezó a darse cuenta de la importancia y el rigor de este enfoque y, a otra escala, de que con un recorrido así (alta producción de tesis doctorales, publicaciones extranjeras de calidad, etc.) se obtenía eco académico (¡y tramos de investigación!).

El Instituto de la Mujer, además de, en ocasiones, proporcionar financiación para proyectos y publicaciones, fue también una oportunidad para entrar en contacto con investigadoras de otras disciplinas como historiadoras o antropólogas, lo que favorecía no solo el trabajo interdisciplinar, sino la confirmación de que no estábamos solas dedicándonos al género. En este sentido, vale la pena remarcar el papel que jugaron ciertas instituciones (como dicho Instituto) y determinadas políticas (como algunas de las implementadas durante los gobiernos socialistas) para dinamizar la mirada de género, y que también coadyuvaban a consolidar iniciativas como la nuestra. Con todo, es del ámbito internacional desde donde yo he recibido mayor soporte e inspiración: también es por ello por lo que siempre me he preocupado porque doctorandas e investigadoras jóvenes asistiesen a congresos y seminarios internacionales

y así viesen la «normalidad» de los estudios de género y no se sintiesen «bichos raros».

—*¿Cuándo se formó el Grupo de Investigación sobre Geografía y Género de la UAB?*

—El grupo empezó de manera informal con las tesis y las aportaciones de Gemma Cànoves (partiendo de sus contactos con Sophie Bowlby, en Reading) y de Montserrat Solsona, que acababa de llegar de Chile y se implicó de manera muy activa. Los proyectos permiten obtener financiación y disponer de becarios y, a la vez, obligan a obtener resultados en forma de publicaciones (publicar siempre motiva) y es entonces cuando vislumbré la posibilidad de organizar el grupo que, oficialmente, empezó su andadura en 1987. En estos primeros momentos, fue esencial la inspiración que me llegó de los contactos con Sophie Bowlby, Eleonore Kofman, Janet Townsend, Janet Momsen... y el resto de las pioneras en el Grupo de Geografía y Género del Institute of British Geographers.

—*El Grupo alcanzó, en muy poco tiempo, un notable eco internacional...*

—Sí, en parte gracias a los contactos que yo ya tenía y en parte a los que rápidamente se fueron estableciendo en forma de red. Así, por ejemplo, el programa Erasmus posibilitó organizar seminarios y congresos de alcance continental y con periodicidad casi anual durante la década de 1990 con la inestimable ayuda de mi colega Antoni Tulla. La idea original fue de Janet Townsend y Janet Momsen (Reino Unido) y también participaban Dina Vaiou (Grecia), Kirsten Simonsen (Dinamarca), Joos Droogleever (Países Bajos)... Para nosotros fue muy importante, ya que ayudó a consolidar los estudios de género en el departamento y a difundir la necesidad de su transversalidad; además a partir de aquellos seminarios, algunos doctorandos decidieron la orientación de sus tesis, con perspectiva de género. Y, claro

está, favoreció la elaboración de numerosas publicaciones internacionales. La relación de amistad ha hecho que, de una forma u otra, aquella red siga hoy perdurando.

A través del Grupo de Género de la UGI se fue consolidando otra red de contactos: Isabel André (Portugal), Maria Luisa Gentileschi, Marcella Schmidt y Elena dell'Agnese (Italia), Verena Meier (Alemania), Sorina Voiculescu (Rumanía), Judit Timár (Hungría), Tovi Fenster (Israel), Claire Hancock (Francia)... Con Dina Vaiou la relación es diferente y viene de mucho antes: la conocí a través de Costis Hadjimichalis (con quien estuve preparando un número monográfico de *Antipode* sobre «Southern Europe» por encargo de Kirsten Johnson y Richard Peet)⁴ cuando ella estaba terminando su doctorado en Londres. Dina me encantó a nivel personal, pero también a nivel científico e ideológico: ella ya era muy radical y muy feminista, muy militante. Congeniamos en seguida y desde entonces ha sido de gran inspiración para mí, compartiendo y coincidiendo en múltiples escenarios y en diversos ámbitos, pero, sobre todo, en la cuestión de la anti-hegemonía anglosajona. A través de la red Erasmus el contacto pudo consolidarse y se fortaleció una gran amistad que todavía prevalece.

—¿Geografía del género o geografía feminista?

—Es un tema que en nuestro contexto no terminamos de tener claro. Diría que en todo el mundo académico latino el término más aceptado es el de «género» y se refiere, propiamente, a la «teoría del género»... a la que no todas las feministas dan su apoyo. Entre nosotros, la palabra «feminista» tiene unas connotaciones más militantes y activistas, pero en el ámbito anglosajón la *feminist geography* comporta una geografía

4. Véase el texto introductorio a dicho monográfico: Maria Dolors Garcia-Ramon y Costis Hadjimichalis (1987). «Southern Europe: An introduction 1», *Antipode*, 19(1); pp. 3-6 y «Southern Europe: An introduction 2», *Antipode*, 19(2); pp. 95-98.

sólidamente inspirada en la teoría. Yo habitualmente utilizo el concepto de «género» porque, dado que se trata de una construcción social, entiendo que tiene un potencial revolucionario y desestabilizador tremendo. Con todo, también soy muy pragmática y, estratégicamente, creo que podemos y debemos utilizar ambos conceptos según la necesidad y el contexto.

— *La investigación y la docencia en género, ¿crees que debería ser un ámbito especializado o bien algo transversal a múltiples disciplinas y asignaturas?*

—Ciertamente, pienso que la dimensión de género debería ser transversal a cualquier tema, estudio o asignatura: se trata de un componente que debería estar siempre y en todo caso presente y que, además, transformaría decisivamente las miradas a menudo obtusas y sesgadas con las que analizamos e interpretamos la realidad. A pesar de ello, y mientras no llegue esta absoluta y normal transversalidad, se impone la difusión del género a través de estudios y asignaturas específicas «de género» que ayuden a entender y a perfilar las cosas desde esta óptica.



Con Dina Vaiou en Ullastrell (noviembre de 2007). (Foto de Abel Albet).

Además, creo firmemente en el derecho a la especialización en género... tal como otros colegas se especializan (incluso de manera muy precisa) en ciertos campos de la geografía. De nuevo, la experiencia internacional me confirma esta concepción: en los textos que se publican y en las sesiones de muchos congresos, la perspectiva de género está perfectamente integrada en temas y discursos, pero, a la vez, hay libros, sesiones y seminarios muy específicos. Quizá ello viene dado, especialmente en el ámbito anglosajón, por el convencimiento que la teoría feminista (y la teoría en general) era (¡y es!) muy, muy útil no solo para desarrollar una perspectiva de género sino para muchísimas otras cosas, de manera que la integración de dicha perspectiva en muy diversos ámbitos ha sido algo fácil, normal y habitual. Quizá esto también podría explicar el porqué de la lentitud y las dificultades de introducir la mirada de género en España (ya sea de forma específica o transversal): en este país el concepto de geografía sigue siendo muy restringido y muy conservador y, además, hemos sido poco teóricos y/o la teoría no nos ha interesado mucho... a pesar de que algunos hemos luchado significativamente para revertir esta línea.

— *La práctica totalidad de tu trayectoria académica (do - cente e investigadora) ha estado vinculada a la UAB...*

— La docencia de grado siempre me ha gustado muchísimo, especialmente porque me tocó impartir clases en primer curso durante muchos años: en primero los estudiantes llegan con mucha ilusión, y les podías marcar mucho. Di clases en primer curso entre 1969 y 1987, hasta que empecé a tener problemas serios con mi voz. También he impartido clases de geografía rural y he disfrutado tantísimo con las asignaturas de pensamiento geográfico. De hecho, he integrado gran parte de mis investigaciones en mi docencia: el material de mis oposiciones (que me obligó a leer muchísimo y a ponerme al día) me sirvió para preparar asignaturas de Teoría y Métodos

y al volver de mi estancia en la London School of Economics (1997-98) con Diane Perrons y de mi sabático en Durham (el año 2000), como había aprendido tantas cosas sobre postcolonialismo y orientalismo, pude impartir una asignatura sobre «disidencias», con la que me lo pasé muy bien. Buena parte de mis doctorandos lo han sido porque, decían, les había gustado mucho mi gran implicación en la docencia.

En sus tiempos iniciales, yo me sentí muy *militante* de la UAB: se estaba forjando una nueva universidad muy diferente a las demás y se daba mucha importancia a la docencia bien hecha. Desde los años noventa la situación empezó a cambiar. Justo entonces me hicieron diversas ofertas para trasladarme a la Universitat Pompeu Fabra... y estuve a punto de hacer el salto... pero el hecho de que allí no existiese departamento (ni estudios) de geografía y que, además, tuviese que deshacer el Grupo de Género (integrado, por aquel entonces, por mucha gente joven) me convenció de quedarme en la UAB. En este tema, como en muchos otros, Jaume Torras, mi esposo, me ayudó de manera decisiva, por su carácter tranquilo y reflexivo y, a la vez, por ser un muy buen conocedor del mundo universitario.

A lo largo de mi carrera en diversas ocasiones me han ofrecido asumir cargos de vicedecana y de vicerrectora, pero siempre he renunciado: los cargos no me gustan porque me hacen sufrir mucho y, además, siempre creía que yo no lo ejercería bien. Aunque alguien pueda creer que yo he rehuido las responsabilidades, de hecho, mi opinión es que, desde los cargos unipersonales, pueden hacerse relativamente pocas cosas. He sido directora de departamento en dos momentos diferentes (a fines de los setenta y a fines de los noventa y de ambos conservo un buen recuerdo, a pesar de que me lo pasé muy mal en determinados momentos) porque pienso que la escala es muy diferente: a este nivel puedes conocer bien a las personas. Siempre me he implicado, y mucho, en los claus-

tros: de la facultad y de la universidad. En cambio, nunca he dejado de pertenecer a muchas y muy diversas comisiones de la UAB: de Investigación, de Control, de Apelaciones... nunca he rechazado pertenecer a estas comisiones porque creía que eran las instancias donde yo podía ayudar más. Donde siempre he participado, y donde creo que he tenido una capacidad de influencia más decisiva, han sido en las comisiones evaluadoras de la Generalitat (AQU, acreditaciones, catedráticos, agregaciones, proyectos, etc.) y, especialmente, ANECA (tramos) y Ministerio (proyectos).⁵

Creo que hay que colaborar, pero siempre en los ámbitos donde uno mejor y más cómodo se sienta. Con todo, es cierto que en muchos aspectos las universidades se han convertido en empresas, de manera que muchos de sus cargos elegidos hacen hoy labores de «gerencia», más que otra cosa.

—*En la UAB también tuviste un papel decisivo en la aparición y consolidación de Documents d'Anàlisi Geogràfica (DAG), revista que en la actualidad se edita juntamente con la Universidad de Girona...*

—DAG para mí ha sido muy importante. Enric Lluch era quien estaba tras las series previas a DAG y cuando el Servicio de Publicaciones de la UAB nos propuso editar una revista con periodicidad estable, Lluch enseguida me propuso para el cargo de directora. Yo sabía que contaba con todo su apoyo (porque él creía enormemente en el poder de la letra escrita... ¡aunque él publicó poco!) y me tomé el encargo con muchísima ilusión (al igual que Lluch) porque lo veía como una oportunidad de incidir en la geografía catalana y la española. Nuestro departamento, al iniciar la década de 1980, tenía una visión

5. Se trata de organismos oficiales de evaluación de proyectos científicos y de acreditación de cuerpos docentes: Agència per a la Qualitat del Sistema Universitari de Catalunya (Generalitat de Cataluña) y Agencia Nacional de Evaluación de la Calidad y Acreditación (España).

muy innovadora de la geografía humana (muy social y muy poco física) y, por tanto, un enfoque original estrechamente relacionado con la perspectiva que se estaba desarrollando en los Estados Unidos, por ejemplo. *DAG* podía y tenía que ser, pues, la voz del departamento, pero nunca encerrándose únicamente en autores «de la casa». De hecho, siempre hicimos grandes esfuerzos por solicitar artículos a geógrafos y científicos sociales del resto de España y, sobre todo, extranjeros: franceses, británicos, norteamericanos... Los autores de la UAB nunca superaron el 50% del total (mientras que en muchas revistas españolas el porcentaje de endogamia alcanzaba más del 90% de la autoría). Y con temáticas innovadoras: geografía cultural, geografía social, sistemas de información geográfica (SIG), la investigación metodológica cualitativa... temas por los que el departamento se interesaba pero que también suponían una gran innovación hasta el punto de que muchos artículos y monográficos de *DAG* se convirtieron en textos referenciales básicos, tanto en la geografía ibérica como en la de América Latina y ello a pesar de que buena parte de los artículos estaban escritos en catalán: tengo algún artículo que demuestra el mayor grado de apertura e innovación de las revistas catalanas. O las reseñas: había un interés explícito por reseñar nuevos textos extranjeros más que presentar obras locales. La sección de «Estados de la cuestión» permitió avanzar muchísimo en la difusión de las innovaciones.

Y, claro está, la temática de género. Creo que lo primero que apareció sobre este tema es un texto mío en 1985 y después le han seguido muchos artículos y, en especial, números monográficos que recogían los trabajos presentados en los congresos organizados por el Grupo de Género. En la dirección de la revista y en su Consejo de Redacción había mujeres sensibles al tema o que, en el marco del Departamento, se dedicaban intensamente a él. Muy pronto (sobre 1992) establecimos normas de publicación para evitar un uso sexista del lenguaje.

Con todo, todas siempre tuvimos muy claro que *DAG* no tenía que ser la única salida a la producción editorial del Grupo de Género.

Nunca fue tarea fácil (muchas horas de labor voluntaria, dificultades para encontrar financiación, etc.) pero nunca faltó motivación. Enric Lluch ponía mucha ilusión en el proyecto y, aunque nunca quiso liderarlo, fue uno de sus grandes valedores y yo sabía que contaba con todo su apoyo: recuerdo que no se perdía una sola reunión (con frecuencia las hacíamos en mi casa, con Jordi Borja, Joan Nogué...).

Fuimos una de las primeras revistas en establecer (hacia 1987) un sistema de evaluadores externos, pero siguiendo un criterio editorial claro. En los últimos tiempos, la presión ejercida por los criterios de indexación ha condicionado enormemente la política editorial de *DAG* y de muchas revistas, lo que debe valorarse como una verdadera lástima y una gran pérdida.

—*Tu «productividad» en la publicación de textos académicos es considerablemente alta. ¿Qué importancia le das al hecho de publicar? ¿Es parte de tu compromiso intelectual?*

—Siempre he creído en el poder de la palabra escrita, es decir, en las publicaciones, tal vez por mis primeras experiencias en el mundo académico americano. No se trata tan solo de hacer currículum, sino que la publicación es la única manera que tenemos de que nuestros colegas conozcan nuestra investigación y, aún más, la única forma de que nos la puedan comentar y criticar. Quizá haya pecado de ingenua, pero siempre he intentado tener una cierta constancia en publicar. Y sin reparos a que te lean y te critiquen, tanto por parte de los evaluadores previos a la publicación como por parte de los lectores, una vez el texto se hace público. Pero en España, a la hora de la verdad, la gente no lee y no critica. Por otro lado, también entiendo que algunas personas publiquen muy poco... ya sea por perfeccionismo o por no querer caer en una dinámica productivista sin sentido.

No obstante, actualmente soy muy pesimista acerca de la deriva que han tomado las publicaciones en España, copiando e imponiendo el modelo «de ciencias» y del mundo anglosajón y sus grandes empresas editoriales y de indexación, midiendo todo a partir de unos baremos que no nos son propios (yo siempre he apostado por aplicar criterios distintivos para la geografía, por ejemplo).

—La mayoría de tus publicaciones son artículos (más que libros), muchos de ellos aparecidos en prestigiosas revistas internacionales, algunos de los cuales muy poco después de tu licenciatura...

—Es cierto que, proporcionalmente, tengo muchos más artículos que libros, en buena parte porque provengo de una cultura (la norteamericana) en la que los artículos son la forma mayoritaria y más rápida de difundir tus investigaciones y que, además, pasan el filtro de los evaluadores. También mi red de contactos internacionales ha propiciado muchas de mis publicaciones en revistas. En España, publicar libros no es habitual, pero se necesita financiación... a no ser que sean libros de alta divulgación (pocos en geografía) o libros de texto (también escasos) o los de tipo institucional (publicados por las mismas universidades o por administraciones públicas, pero que no me han entusiasmado mucho dado que normalmente pasan muy pocos filtros de calidad). Es por todo ello que siempre he animado a escribir artículos, que tienen una mayor difusión aunque requieren un mayor esfuerzo: para mí, un artículo es una forma de interactuar con los demás y (una de mis obsesiones) de difundir las innovaciones, las nuevas temáticas y metodologías, de remover la geografía española anquilosada... Publicar, sobre todo, en revistas internacionales... pero también en foros más locales: a mi entender se trata de revistas que tienen audiencias muy distintas... porque durante años la geografía española no ha leído las revistas internacionales, aunque esto ha ido cambiando

en la última década; un ejemplo: en relación con la temática de género, durante años me han leído y citado internacionalmente pero muy poco a nivel español.

—*Además, en relación con el idioma de tus publicaciones, también has ejercido una firme militancia...*

—¡Triple militancia! Publicar de manera habitual en catalán, en castellano y en inglés y, si es posible, en francés u otras lenguas para dar a conocer las investigaciones. Todo ello tiene un coste elevado, que a menudo se obvia pero que muchos ya teníamos previamente asumido por nuestro bilingüismo *de facto*. En cualquier caso, es cierto que los idiomas, especialmente el inglés, me han sido fáciles, cosa que me ha ayudado mucho no solo en el momento de publicar sino en el trato con tantísima gente.

—*Eres una asidua a los congresos y seminarios internacionales...*

—Durante muchos años he asistido frecuentemente a los congresos de la Association of American Geographers (AAG) y del Institute of British Geographers (IBG), casi siempre presentando comunicaciones o interviniendo en sesiones plenarios u organizándolas, pero mi ámbito preferente de contactos ha sido la Unión Geográfica Internacional (UGI), sus diferentes comisiones y sus congresos y pre-congresos temáticos: la UGI ha sido un foro donde se expresaban muchas ideas nuevas a la vez que un notable laboratorio donde contrastar opiniones con gente muy diversa. No obstante, yo creía que la UGI podía tomar más vuelo, pero, desgraciadamente, son los congresos de la AAG los que se han convertido en los verdaderos foros mundiales para la geografía contemporánea. Hacia 2008 me ofrecieron una vicepresidencia de la UGI, pero la rechacé porque no me vi haciendo tantos viajes y combinándolo con las clases y la familia. Y anteriormente, en 1994, Anne Buttimer

me propuso presidir la comisión de pensamiento geográfico: tuve que renunciar porque ya estaba en la comisión de género, pero me hubiese gustado porque es una temática que he trabajado durante gran parte de mi vida y porque lo hubiese visto como una oportunidad de introducir la variable «género» en muchos aspectos del pensamiento geográfico.

—Innovación y disidencia son temas clave en tu trayectoria, pero lo son en un viaje «de ida y vuelta»: has traído a España nuevas ideas que se estaban planteando en la geografía internacional pero, a la vez, te has esforzado enormemente en denunciar la prepotencia e ignorancia que muchos intelectuales (y muchas de sus teorías y de sus prácticas) han venido ejerciendo desde la centralidad hegemónica del mundo anglosajón. Y se lo has cuestionado de frente y en sus mismos foros, en revistas, congresos, seminarios...

—Sí, es cierto: yo he aprendido muchísimo del mundo académico anglosajón y me ha marcado decisivamente tanto a nivel personal como intelectual y académico, pero también he sido (¡soy!) muy crítica con su visión centralista y a menudo tan excluyente. Mi relación con la geografía anglosajona se ha tejido en base a una especie de doble militancia: por un lado, creo que es muy importante asistir a los foros internacionales (congresos de la UGI, AAG, IBG, etc.) ya que hay que estar siempre presente en ellos para conocer de primera mano nuevos conceptos y nuevos temas y para generar y mantener los contactos (esto es imprescindible) y, claro, para que te conozcan y te tengan en cuenta. Pero, por otra parte, yo siempre que he participado en dichos foros lo he hecho, muy conscientemente, desde la «periferia» (hace poco Avril Maddrell, en un congreso en Milwaukee, me identificó: «Ah, ya sé quién eres: ¡la representante de la periferia!»).

En este sentido yo he sido muy reivindicativa (incluso creo que me deben considerar algo quejica y gruñona) recriminan-

do que no tienen en cuenta las voces de la periferia (ni, mucho menos, sus propuestas, ideas, estudios, idiomas...). Es verdad que algunos geógrafos y geógrafas del mundo anglosajón tienen una mirada abierta sobre el tema: yo he podido entenderme bien con personas como Rob Kitchin, Ray Hudson (que me encargó organizar una mesa redonda sobre este tema en un ya lejano congreso del IBG en 2002), foros como la revista *Gender, Place and Culture* o, una vez más, con Jan Monk que, por su origen australiano, también siempre se ha sentido algo marginada de las corrientes preponderantes que vienen marcadas por las *Twin Towers* (Estados Unidos y el Reino Unido): Monk siempre me recuerda que ella ha conocido la «periferia» europea gracias a mí.

Yo también pienso, tal y como Dina Vaiou ha insistido tantas veces, que lo que hay que promover son las relaciones entre periferias no solo como una fórmula de mutuo enriquecimiento sino también como una forma de posicionamiento ante el centralismo del mundo anglosajón, que tan a menudo actúa con indignante prepotencia. Y ello sin dejar de reconocer que, por su mayor capacidad económica, Estados Unidos y el Reino Unido tienen un mayor desarrollo en el mundo académico y, pues, son fuentes importantes de conocimiento e innovación. En este sentido, he encontrado la comprensión y solidaridad de muchos «periféricos»: Judith Timár, Claire Hancock, Anssi Paasi, Costis Hadjimichalis...

— *Ya nos has comentado acerca de tu relación con instituciones como la UGL. ¿Cómo valoras tus vínculos con la Asociación de Geógrafos Españoles (AGE), la Societat Catalana de Geografia (SCG) o el Institut d'Estudis Catalans (IEC)?*

— Cuando he participado activamente en este tipo de sociedades (como presidenta de la SCG, miembro del IEC...) siempre me ha interesado potenciar su vertiente exterior. Así, cuando estuve en la junta de la AGE me encargué, durante cuatro

años, de las relaciones internacionales: establecimos acuerdos con el Institute of British Geographers (IBG) y se empezaron a organizar congresos temáticos conjuntos (en geografía rural, por ejemplo) aunque desde la AGE se presionaba para que los contactos fuesen esencialmente con el mundo francófono.



En Barcelona (mayo de 1992) ultimando detalles sobre la presencia española en el congreso de la Unión Geográfica Internacional de ese mismo año a celebrar en Washington DC (Estados Unidos). De izquierda a derecha: Joaquín Bosque Maurel, Josefina Gómez Mendoza, Maria Dolors Garcia-Ramon, Manuel Valenzuela Rubio, Roser Majoral Moliné. (Foto procedente del archivo personal de Maria Dolors Garcia-Ramon).

La pertenencia al IEC es por cooptación: yo estoy adscrita a la Sección de Filosofía y Ciencias Sociales desde 2006. A principios del siglo XX, en tiempos de Prat de la Riba, el IEC era un organismo de investigación muy activo porque la universidad tenía un papel testimonial al respecto: hoy el IEC es una institución prestigiosa pero que avanza muy lentamente si bien

nuestra sección funciona correctamente. Con todo, es desde las sociedades filiales desde donde se puede actuar más extensa y decididamente: la SCG, por ejemplo, tiene muchas posibilidades y habitualmente organiza actividades interesantes.

Cuando Lluís Casassas, que era una persona con una mentalidad muy abierta, me propuso para el cargo de vicepresidenta de la SCG (1986-1993), me dije «¿y por qué no?». Yo siempre he dicho que la geografía catalana no es «hacer geografía catalana sino hacer geografía desde Cataluña», que será una manera diferente de hacerla desde, por ejemplo, Madrid. Casassas me dio carta blanca y, una vez más, me dediqué a potenciar las relaciones internacionales de la SCG, invitando sistemáticamente a estudiosos extranjeros a las conferencias mensuales. Tras mi regreso de los Estados Unidos fui elegida (2000-2006) presidenta de la SCG: este cargo me lo tomé como una oportunidad para revitalizar la Societat: se modernizaron los criterios de publicación en la revista *Treballs de la Societat Catalana de Geografia*, se sistematizó la programación de actos y conferencias, se potenció la presencia de conferenciantes extranjeros... En un viaje a Bélgica, a través de Yola Verhasselt, conocí a Henri Nicolai, de la Real Sociedad Belga de Geografía y primer presidente de EUGEO (la Asociación de Sociedades Geográficas en Europa): como representante de España, por aquel entonces solo constaba la Real Sociedad Geográfica y propicié que la SCG también fuese incluida.

Al igual que Casassas, yo también veo la SCG como una plataforma de encuentro entre las diversas universidades catalanas, un ámbito para el intercambio de ideas y experiencias para todos los geógrafos catalanes y eso es algo importante, que hay que aprovechar. Además, ¡la sección de viajes funciona muy bien!

— *Teniendo en cuenta que conoces bien la universidad «desde dentro» y desde hace décadas, ¿cuál es tu percepción*

acerca de la deriva que ha ido adoptando la universidad? ¿Qué piensas de la política universitaria actual?

—Visto con la perspectiva que da el tiempo creo que mi generación ha tenido el privilegio de vivir unos momentos decisivos en la evolución de la universidad española. Hoy podemos protestar sobre cómo funcionan muchas cosas, pero la verdad es que la universidad de hoy en día no tiene nada que ver con aquella en la que me licencié en 1966, en pleno franquismo. Es mucho mejor tanto desde una perspectiva académica como intelectual. Pienso y tengo que decir que mi generación ha sido afortunada ya que ha tenido muchas oportunidades para hacer cambiar las cosas en el mundo universitario y, por supuesto, en nuestra disciplina.



Junta de la Societat Catalana de Geografia durante la celebración del Primer Congreso Catalán de Geografía (Barcelona, marzo de 1991). De izquierda a derecha: Joan Tort (vocal), Joaquim Cabeza (vocal), Vicenç Biete (presidente), Montserrat Cuxart (tesorera), Enric Bertran (secretario), Lluís Casassas (vocal), Maria Dolors Garcia-Ramon (vicepresidenta), Roser Majoral (vocal), Rosa Ascon (vocal), Enric Mendizàbal (vocal).

Ahora bien, creo que la deriva que ha ido tomando la universidad la ha convertido en un lugar cada vez menos alentador. Por un lado, algunas universidades han crecido demasiado, son demasiado grandes. Por otro lado, han ido adoptando un funcionamiento basado casi exclusivamente en la competitividad a la vez que se ha generalizado a todas las facultades un modelo que era propio de las ciencias puras... y creo que en esto nos hemos dejado seducir (no solo en geografía). Cuando hace un tiempo estaba en las comisiones de ANECA de evaluación de tramos de investigación y de proyectos, valoraba enormemente los expedientes que me llegaban de geógrafos y geógrafas con publicaciones internacionales y con un espíritu innovador pero, a la vez, y dado que en pocas ocasiones los currículums procedentes del ámbito de la geografía eran comparables con los de los economistas o sociólogos, tenía que defenderlos ferozmente ante los economistas *minnesotos*⁶ con los que compartía comisión... y esta casi nunca era una tarea fácil: a veces todavía pienso que tenía que haber luchado más por tal criterio o por tal posicionamiento... Siempre luché por elevar el nivel de nuestros currículums, pero, a la vez, siendo abierta y flexible a los criterios; un ejemplo: está bien publicar en revistas ISI pero hay otros índices y otros criterios que son igual o más válidos, de manera que no debería ser el único indicador. En lo que respecta a los índices y las revistas indexadas, cada vez soy más crítica...

En relación con la deriva de la política universitaria también veo con muy malos ojos la creciente separación entre departamentos universitarios e institutos de investigación: de

6. A finales de los años 1960 y desde su posición como profesor de economía en la Universidad de Minnesota, Andreu Mas-Colell fue cooptando colegas, así como alumnos más jóvenes, que, de retorno a las universidades españolas (y, en especial, la Universitat Autònoma de Barcelona y la Universitat Pompeu Fabra) conformarán este grupo influyente de economistas. Los *minnesotos*, poco dados a la economía aplicada, introdujeron métodos novedosos de investigación, de carácter técnico y liberal.

entrada, por los cada vez mayores privilegios que se atribuyen a los institutos, convertidos en verdaderas torres de marfil (por financiación, prestigio, imagen, recursos para proyectos y becas, docencia solo para estudiantes de doctorado, etc. a menudo en competencia desleal con los departamentos universitarios). Pero también porque yo siempre he creído (como así lo pensaba decididamente Enric Lluçà) que la investigación y la docencia tienen que ir estrechamente entrelazadas, si no... la universidad pierde buena parte de su sentido. En Cataluña está muy claro que esto funciona así (y no me gusta nada), pero en el resto de España la cosa es bastante similar. No soy muy optimista al respecto.

—*Y en relación con la geografía, ¿cómo la ves hoy y encarrando el futuro inmediato?*

—Un punto clave que explica muchas cosas acerca de la situación presente de la geografía en España se da en la década de los setenta, cuando empezó a perder peso en la enseñanza secundaria; posteriormente, durante la redacción del Libro Blanco,⁷ tuvimos poca capacidad de imponer criterios y nos dimos por vencidos demasiado pronto: desde entonces, muchas generaciones de estudiantes de secundaria han venido tratando con una cantidad cada vez menor de contenidos geográficos, a menudo diluidos en otras materias y muy raramente impartidos por profesores que eran geógrafos de formación. Dicho de otro modo: la escasa importancia de la geografía en la enseñanza secundaria ha condicionado decisivamente y durante años a la geografía universitaria. Esto lo he comprobado en otros países: Inglaterra y, sobre todo Brasil, son buenos ejemplos de lugares donde la geografía en

7. Se refiere al documento-marco que establecía las directrices esenciales que, una vez aprobadas, debían seguir las universidades españolas para impartir la Licenciatura en Geografía.

secundaria es potente y ello repercute muy positivamente en la geografía universitaria.

En paralelo, en la década de los ochenta se dio otra circunstancia de la que todavía sufrimos las consecuencias: ante la proliferación de nuevas universidades (a menudo creadas a partir de colegios universitarios preexistentes, como fue el caso de Cataluña) resultaba bastante «barato» (las inversiones a realizar eran relativamente reducidas) crear facultades de Letras y, en ellas, estudios y departamentos de Geografía. En los últimos 10 años, dicha sobreoferta de estudios (en Cataluña el grado de Geografía se ofrece en cuatro universidades) ha conducido a una progresiva devaluación de la geografía impartida, lo que explicaría, también, el escaso éxito que tenemos.

Además, otro aspecto clave: hoy la geografía se ve dominada por las técnicas (SIG, teledetección, planificación...) en detrimento de la geografía social y cultural: si bien durante años ello ha orientado (y facilitado) las salidas profesionales de muchos graduados, ha hecho que la imagen central de la geografía se alejase del compromiso social y de la resolución de problemas, de manera que tenemos poco «gancho». Fijémonos, de nuevo, en Brasil o en Inglaterra: allí ya en la enseñanza secundaria profesores y estudiantes de 15 o 16 años están muy interesados en la geografía social, lo que se traduce en un enorme interés por la geografía entendida como una disciplina capaz de interpretar y resolver problemas; allí también se enseñan SIG, pero no en las proporciones que hay en España: ¡aquí está por todas partes!

—¿*La interdisciplinariedad y la falta de definición nos hace perder posicionamiento?*

—A menudo he pensado que la interdisciplinariedad es fantástica, es parte de nuestro ADN y nos ofrece excelentes oportunidades, pero recuerdo haber comentado muchas veces este tema con Neil Smith y siempre llegábamos a una contra-

dicción. Neil se sentía «muy geógrafo» pero admitía que hacía su geografía en un contexto de no-geógrafos (en el Graduate Center de CUNY era catedrático de... Antropología y trabajaba en una sección con psicólogos). En Estados Unidos la geografía da para que existan algunos departamentos potentes (Neil afirmaba que la geografía no era muy importante para la sociedad norteamericana) pero la gran mayoría de geógrafos y geógrafas radican en departamentos y contextos muy diversos y dispersos. A veces pienso que puedes ser tan amante de la interdisciplinariedad que te lleguen a absorber y que la geografía, en 40 años, desaparezca. Quizá hagas una importante aportación como geógrafo (valorada en sí misma y por su carácter decisivo y único) en un contexto interdisciplinar pero también es más fácil que pierdas la identidad. He aquí la contradicción.

—¿*Qué hacer?*

—Hoy por hoy me es difícil encontrar temas y aspectos de los que hoy trata la geografía que me interesen de verdad. Hay personas interesantes, hay trabajos bien hechos, pero... Si queremos sobrevivir hemos de repensar el contenido del grado en Geografía. Por ejemplo: pienso que lo que ahora se denominan «Estudios Globales» podría partir de lo que antes conocíamos como «Geografía regional», pero ahora planteada de una forma totalmente distinta y desde una óptica social y cultural: hace tiempo que dejamos de hacer estudios regionales interesantes y, como decía Alain Lipietz, un enfoque regional integral es muy importante. Quizá los Estudios Globales serían muy atractivos, aunque probablemente no deberían construirse en exclusiva desde la disciplina geográfica. La relación cultura-medio-sociedad es algo que solo se plantea desde la geografía, pero deberíamos repensarlo a fondo, saber «vender el producto» y, sobre todo, darle una perspectiva netamente crítica e interpretativa. Quizá los departamentos podrían mantener el nombre de «Geografía» pero, por cuestiones de marketing,

los títulos podrían tener etiquetas diversas y atractivas...⁸

—¿Incluso al precio de «perder el nombre»?

—Quizá nos podríamos reinventar y se podría buscar una nueva marca de identidad del estilo «Estudios globales y geografía» o algo así. Algo que dé respuesta al proceso de disolución que vivimos. No puede ser que la geografía se identifique, esencialmente, con los SIG o con la ordenación del territorio: son aspectos importantes de los que participa la geografía o en los que la aportación de la geografía puede ser trascendental, pero no *son* geografía. La geografía física debería estar más estrechamente relacionada con la humana, dando un sentido diferente a los estudios sobre medio ambiente, tal como sucede en los Estados Unidos.

Si seguimos sin afrontar cambios radicales, si continuamos con una mirada tan tradicional... soy algo pesimista en relación con la geografía española: quizá vaya menguando lentamente y, sin desaparecer del todo, no llegue a ser muy importante para la sociedad española. Simplificando un poco podemos decir que la geografía que hacemos es o bien la vidaliana de toda la vida (pero sin la evolución que tuvo en Francia) o bien un trabajo puro y simplemente aplicado con los SIG, la ordenación del territorio... Tal como está hoy, la geografía entusiasma poco a los estudiantes, es poco atractiva para los buenos estudiantes y para los que tienen capacidad crítica: no la ven como una ciencia con capacidad de intervención, interpretación y transformación. Es cierto que ya no estamos en el contexto político de los años setenta y ochenta y hoy la mayoría de los estudiantes llegan a la universidad con pocos intereses políticos y con muchas expectativas técnicas y aplicadas. Un ejemplo: en

8. Precisament con posterioridad a la realización de esta entrevista, el Departamento de Geografía de la UAB iniciaría un extenso proceso de debate y negociación acerca del cambio de la denominación y contenido de los nuevos grados.

los años setenta, el pensamiento geográfico interesaba muchísimo a los estudiantes: yo disfruté enormemente impartiendo esta asignatura porque los estudiantes estaban muy motivados ya que se cuestionaba la geografía tal como era entonces. El pensamiento geográfico, como yo lo entendía, era una especie de revulsivo ante lo que era la geografía española de aquel entonces. Pero el pensamiento geográfico, hoy, en cambio, no interesa nada: no interesa la ideología. Seguramente, una geografía menos técnica y más social y cultural lograría revertir algo este desencanto.

— *Este cambio de orientación que se ha observado en la geografía de las últimas décadas, ¿se relaciona también con la progresiva masculinización del profesorado y del alumnado?*

— Sí. En diversas investigaciones y artículos míos confirmo claramente esta realidad: los SIG o la ordenación del territorio agradan más a los hombres. Por otra parte, las chicas acostumbran a obtener notas más altas en secundaria, lo que les permite un mayor abanico de posibilidades de elección en los estudios universitarios y no escogen tanto la geografía que tiene una nota de acceso baja. Además, está el hecho de la escasez en las salidas profesionales generalistas que son las que prefieren las mujeres.